

aprovechar las circunstancias, ha ganado en media hora una regular propina. Así explota toda la noche en comercio mas ó menos ilícitos y pecaminosos.

Proverbiales han sido hasta aquí los chismes del barbero; pero el cochero tambien tiene su libro de crónicas, conoce todos los ramos prohibidos, sabe á las casas de juego, y tiene en las uñas la topografía de la ciudad: sus conocimientos en cronología son muchos, pues recuerda todas las festividades, y sabe todas las fiestas, y cuáles son las que mas le producen. Como en las horas de descanso tiene con sus compañeros diálogos asáz comunicativos y confidenciales y bastante cómicos, (como que han llegado á proverbiales) en ellos amplía sus conocimientos y sus nociones. Esto influye mucho en su carácter: es desconfiado, áspero, cínico, cruel y explotador de todas las humanas miserias. Si hay algunos que carecen de tales cualidades, es esto una verdadera escepcion que no mutila la regla. Sálvemos al escribir esto nuestra pequeñez y el anónimo, pues si en revancha de tales verdades nos declarase la guerra la cofradía de cocheros, tendríamos que estar condenados por siempre á marchar á pié. Sí diremos que apesar de esto el cochero es un ciudadano pacífico, que solo por costumbre suele medir con su látigo las costillas de un prógimo: que es un buen padre de familias, aunque por hábito ó ignorancia confunda alguna vez á su muger con su mula, y suela aplicarla algunos vapuleos: que es trabajador y no se separa de su coche y su sitio sino cuando una jubilacion ó una enfermedad viene á bajarlo de su mula, la que abandona con dolor porque ha llegado á identificarse con ella. Pero el retrato quedaria incompleto sino oyeran nuestros lectores hablar al cochero.

Circunstancias muy distintas de lo que tratamos hoy; pero no por eso menos interesantes, nos obligaron una de estas frias mañanas de Diciembre á marchar á Tacubaya.

Una sola carretelita habia en la plaza, y con todos sus asientos ya tomados: solo uno quedaba en el pescante; magnífica oportunidad para entrar en amable charla con nuestro cochero.

El látigo describió en el aire su terrible curva y rozó la anca piramidal de los dos caballos tordillos, flacos y encanijados. Ambos vivientes hicieron de tripas corazon y sacando fuerzas de donde no las habia partieron á paso regular, y hétenos aquí, lector, recorriendo esas calles, hombro á hombro y mano á mano con nuestro cochero, cuya lengua desde luego, quisimos poner en movimiento.

—Desde que está establecida la línea para Tacubaya, vds. han ganado mucho?

—No, señor amo. Aunque todo el dia vamos y venimos no se hace nada. Cuando tenia mi simon verde sin pescante, ganaba mas; aquel sí que tenia sus *buscas*.

—Entonces fué mal hecho haber dejado el coche por la carretela?

—Tuve un disgusto con el amo, porque tenia mal genio. ¡Ay de aquel tiempo!

—Por qué no vuelves á él?

—De eso trato. Calcule su mercé que entonces todas eran ganancias. Entre otras recuerdo un dia que llevé á dos recién casaditos á que pagaran sus visitas de boda.

—Eran ricos los novios?

—Sí, señor.

—Pues cómo te ocuparon?

—El novio tenia coche; pero la suegra lo habia necesitado y lo dejó á pié: por eso tuvo que ocurrir á mí.

—Y qué sucedió?

—Que despues de aguardar dos horas en la puerta de la casa ví al fin á los dos pichoncitos bajar la escalera. La niña venia de la mano de su marido, quien la bajaba tan lentamente que parece temia que se *desquebrajara* su muger en un escalon. La niña por su parte exclamaba:

—Sabes qué es muy incómoda esta escalera?

—Dices bien, hijita, debe molestarte.

—No bajes tan aprisa que me duela la cintura.

—No hija.

—Ay! no me veas los piés!

—Pero chula. . . !

—Mira: he dejado caer el pañuelo.

—Tómalo.

Y en esta faena y con otros *remilgos* descendieron al fin los angelitos. Abrí la portezuela y con mi sombrero en la mano veia aquellos prodigios y chiqueos de la señorita.

—Y era bonita la muchacha?

—Bonita? no amito; era una señora larga como la lanza de mi coche, un poco encanijada, algo caída de agujas y con unos piés que no quiera vd. ver mis sopandas!

—Hombre, tú exageras!

—Señor amo, yo quisiera que vd. la hubiera visto: con decirle á su mercé que cuando se arrimó para subir al coche, mi mula cambuja paró las orejas, se fué pandeando la maldita, y luego pegó un resoplido como si hubiera visto una cosa mala. . . . ¡Y luego qué cara, señor amo! si parecia una guayaba de amarilla y llena de paño ¡y qué orejas! si mas bien parecian tapaojos. Aquello no era muger, señor. Yo no sé porqué vds. los señores tienen unos gustos. . . . Y mire vd. el mocito no era de malos bigotes; pero segun *vide* yo, en eso de mugeres era mas inteligente mi mula cambuja.

—Pero, y si esa muger tenia otras cualidades que hacian disimular su fealdad y la hacian recomendable?